

NINA. Tierra.3 folios.

Nina pregunta qué clase toca ahora. A sus diecisiete otoños nutridos de mortadela y crisis existenciales. La clase que toca no es respondida. Nina mira su bocadillo y éste le contesta que sólo queda medio. Que no hay nada más para comer.

Ha vuelto a mirarme con esos ojos de incompreensión que me son tan cercanos. A veces la naturaleza pone el corazón de un león en una mujer, y después ésta es arrojada a las fauces de millones de tiernos corderos. Y se la quieren comer. Nina y su risa. LA risa que todo lo convierte en oro. Oro y negro.

Es tarde ya, las manos están cansadas. Los ojos se apoyan en el bordillo de la acera y esperan. Me he quedado mirando la violenta agonía de una hormiga en el suelo, malmuriéndose en el charco que la lluvia ha construído toda la mañana. Y sin embargo, a pesar de esta tristeza que me embarga no he dejado de sonreír en todo el día. Gracias a ella.

A Nina le está chica la camiseta. La camiseta y el tiempo. Ella hubiera querido ser más libre y no se dá cuenta de que tanta libertad la extenúa. Tiene que saberlo pero yo no soy la indicada. De repente existirá en el mundo real de los adultos y la libertad caerá plomada a sus pies. Entonces se quedará muda, mirando a su alrededor y buscando oxígeno en alguna parte, como un pez que ha mordido el anzuelo y es lanzado a la barca. Y qué pinto yo en todo esto. Yo sólo me había dejado caer en clase y no es casual que me llamara la atención aquella chiquilla que no paraba de reírse de sí misma con tanta elegancia. Al final la mirabas y la exageración parecía embellecerla. Eres guapa, Nina.

Bendito sea tu bocadillo de mortadela, que todo lo atufa, y sobretodo nuestros asientos de clase que quedan grasientos y relucen.

Yo no soy guapa. Y además estoy gorda. Dice. No puedo más que reirme con ella. Me pregunta. Quiere saber y se interna en mi mundo que es menos libre y más esclavo. O tal vez como mujer he asumido todo lo absurdo que implica mi propia vida. Pero a mí tampoco me han vencido.

Yo querría tomarme unas copas con ella. Porque una vez le perdí el mismo respeto al mundo y tuve las mismas ganas de echarme a llorar en la cama. Nina no duerme. No duerme porque sueña. Eso es que sueña demasiado.

Yo en cambio ansío hundirme bajo la holgada franela que me protege del mundo real. Querría soñar todo lo que antes tenía y mis ojos no encuentran el camino a la fantasía. Me quedo durmiendo y parece que todo desapareciera del mundo. Cuando despierto estoy absorta en la pared. No comprendo nada de la que he hecho.

Nos hermana el café con leche. Lo bebemos despacio, serenas. Es el único momento del día en que existimos reflexivas, asistimos indiferentes al movimiento del mundo en la ruidosa cafetería donde el olor a beicon se incrusta en el caballo y nunca más vuelve a salir. Podemos sentirnos un poco bien. La taza humeante en la mano. Ella y su cigarrillo. Su doce mil cigarrillo de esta vida. Y el millón y medio más que le quedan en el oscuro bolsillo del destino. Tuerce el gesto y parece contrariada. Es un dolor sangriento, primitivo. Como si su alma purgara el pecado de ser diferente. A sabiendas de este corazón cicatrizado, me duelo en silencio y a su lado miro la vida que nos ha tocado vivir y la comprendo ciegamente. Sólo, sonrío, que yo no me drogo.

A veces me quedo escuchando las aventuras que la estremecen o la hacen morirse de risa. Podríamos morirnos de risa, a pesar de la generación. A pesar de que el viento helado me indispone y maldigo y acredito mi mala leche. Y ella a veces no comprende. Le robo un poco de su locura y me calienta las manos. Esta impaciencia, este mal genio son mis hermanos, le digo. Y quisiera robarle un cigarro y esquivar la clase de las tres.

No entiendo nada, dice. Pero le importa bien poco. Ella es ella y todo lo demás la rodea. Los demás la malmiran o la admiran, pero no ignoran sus pasos. Van inhalando su esencia. Yo voy detrás apuntando cómo retomar la libertad perdida, aprendiendo secretamente de sus maldades, pero me afano también en recordarle las normas. Café con leche, repito. Yo también necesito un café. Cuéntame algo, y me voy bebiendo su energía, o tal vez me dejo capturar en su onda expansiva y me río más que ella. Se puede ser feliz a ratos, le digo para que recuerde, para que medite que el absoluto no tiene que ver con la felicidad.

Me presta su juventud y su rebeldía, me las echo encima como un abrigo caliente y me voy a enfrentar las adversidades de la extraña sociedad. Sonríe. A mí no me cogeréis también, y su sonrisa conjura un poco más mi vieja, vieja y solitaria juventud.